

Christopher, el chico del metro



Jesús M. Marcos

Primera edición: Septiembre 2021

Depósito legal: AL 2676-2021

ISBN: 978-84-1111-628-2

Impresión y producción: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Jesús M. Marcos

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

*A mi abuelo Genaro,
por mostrarme tantos y tantos caminos.*

*A mi abuela Josefina,
por enseñarme a recorrerlos todos y cada uno de ellos.*

Esta historia es ficticia. Cualquier semejanza con la realidad es
una puta casualidad.

ÍNDICE | ESTACIONES CON PARADA

OTOÑO 2017.....	13
INVIERNO 2017/18	83
PRIMAVERA 2018	157
VERANO 2018	201

PRÓXIMA ESTACIÓN
OTOÑO | 2017

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! Me he quedado dormido. Otra vez. Anoche estuve despierto hasta las tres y media de la madrugada y, como era de esperar, no he escuchado la alarma del móvil. Voy a llegar tarde a clase. Si me doy prisa llegaré a tercera hora. Para un chico de diecisiete años normal no supondría mucho más que el simple hecho de llegar tarde a clase, pero a mí me va a tocar aguantar el drama dramón de mis padres.

Ah, claro, no te lo he dicho..., mi madre es la directora del instituto y mi padre, además de ir de profesor de Historia enrollado y moderno, es el jefe de estudios. Y hoy, para rematar mi día de suerte, tenía un examen de Historia a primera hora con él, con mi padre.

¡Qué puto asco! En serio, ¡¡¡qué puto asco de vida!!!

Doy un salto de la cama y me visto con lo primero que veo por la habitación. ¿Qué es lo primero que veo? Pues esto:

Una camisa de color mostaza que se encuentra en la cima de la montaña de ropa que tengo en una esquina —almaceno toda esa ropa ahí porque está demasiado sucia para meterla en el armario con la ropa limpia y demasiado limpia para echarla a lavar. Seguro que tú también tienes en tu habitación algún lugar destinado a este tipo de ropa. Y si lo no tienes, no eres una persona de fiar— y unos vaqueros de color negro que, al igual que la camisa, forma parte de la montaña textil.

De calzado elijo unas Vans de color gris oscuro —casi negro— que están tiradas en el suelo, al lado del escritorio.

Rectifico, en el suelo solo está la zapatilla derecha, la izquierda la encuentro dentro del armario. ¿Qué hace la zapatilla dentro del armario? Buena pregunta...

Salgo corriendo por el pasillo. No tengo tiempo para desayunar. Ni siquiera para peinarme. Agarro el móvil, los auriculares y la mochila, que lleva los libros del día anterior —obviamente, no tengo tiempo para hacer el cambio de libros—.

«Con suerte, alguna asignatura coincidirá», pienso mientras abro el bolsillo pequeño de la mochila para comprobar que mis llaves están dentro. No están. «Genial...».

Intento acordarme de la última vez que las utilicé, fue anoche. Llegaba del McDonald's de Montera y me estaba meando. Abrí la puerta de casa y fui directo al baño principal, pero estaba ocupado por mi padre. Como mi vejiga no podía esperar, fui al baño de mis padres. «¡Eso es!, tienen que estar allí», pienso mientras voy corriendo a mi destino.

Abro la puerta del baño y, efectivamente, aquí están. Al lado de los cepillos de dientes. Meto las llaves en el bolsillo izquierdo del pantalón, donde se encuentran los auriculares, y salgo corriendo hacia la puerta principal, no sin antes tropezarme con el aspirador automático que se encuentra en medio del pasillo haciendo su trabajo.

No, no he visto el puto aspirador y tampoco lo he oído. Estoy demasiado ocupado pensando la excusa que voy a decirle a mi padre. Tengo cuatro opciones en mente:

1. «Papá, el móvil se quedó sin batería y la alarma no ha sonado». Bah, esto no cuela. Él tiene el mismo móvil que yo y sabe que la alarma suena aunque el teléfono se quede sin batería.

2. «Papá, la cena de anoche me sentó fatal y he estado vomitando hasta hace un rato». Esto podría colar... si mi padre no

viviese en la misma casa que yo —y si no hubiese recurrido a ella en dos ocasiones en lo que llevamos de octubre—.

3. «Papá, anoche estuve estudiando para el examen y me he quedado dormido». En un universo paralelo y lejano —muy lejano— podría funcionar, pero en este... ni de coña. Esto no se lo cree nadie y menos él.

4. «Papá, anoche estuve viendo una serie hasta las mil y me he quedado dormido. Sí, soy un puto irresponsable. Lo sé, pero es que estoy enganchado a esa serie. Bueno, a su protagonista, que es... chico. Sí, papá, soy gay, muy gay, megagay». Paso de tener esta conversación.

Descarto estas cuatro opciones y decido improvisar. A ver qué pasa... —ya te adelanto que ninguna de mis improvisaciones ha salido bien. Nunca. En la vida—.

Cierro la puerta de casa y me voy corriendo al metro. Acercó la tarjeta de transporte al tornó, pero no me deja entrar. «¡Mierda! El abono se caducaba ayer. Tenía que haberlo recargado anoche», pienso mientras me dirijo a una de las máquinas que hay libre para hacer el trámite. En cuestión de minutos ya me encuentro en el andén esperando a que pase el siguiente tren. Miro la pantalla más cercana y veo que quedan tres minutos para que llegue el próximo tren. «¿Tres minutos? No llego a tercera ni de coña».

Aprovecho la espera para sentarme en un banco. Saco los auriculares del bolsillo, que se han enredado con las llaves y, cuando consigo desenredarlos, los conecto al móvil. Abro Spotify y tras unos segundos de anuncios comienza a reproducirse, en modo aleatorio, la *playlist* «Mier-Day» —tengo una *playlist* para cada *mood*—. Bloqueo el teléfono y el reflejo que me devuelve la pantalla en negro no me gusta nada. Cero. Voy completamente despeinado y tengo más ojeras que un panda resacoso —¿Los pandas

pueden estar de resaca? Seguro que sí—. Como las ojeras son heredadas y no puedo ocultarlas, intento peinarme con los dedos, pero no hay forma. Ni siquiera con saliva. «Parezco un puto cuadro», pienso un par de veces. Todavía sigo mirándome en la pantalla cuando esta se ilumina por la llegada de un *sms*. Sí, un mensaje de texto —como si estuviéramos en el 2001—. El emisor es mi padre y dice lo siguiente: «Eduardo Prieto, más vale que tengas una razón de peso».

Sí, mi padre va de profesor de Historia enrollado y moderno, como se autodefine él mismo, pero todavía sigue enviando mensajes de texto, que tuvieron su época dorada en el siglo IV a.C. Dice que no va a descargarse WhatsApp porque él pertenece a la resistencia. A la resistencia. En fin. Volviendo a su advertencia, ya sabes que no tengo ninguna razón de peso y menos relacionada con el último repaso a su examen de Historia.

¿Qué ocurrirá? Pues supongo que se cabreará, me volverá a echar en cara lo irresponsable que soy, me comparará con mi hermana mayor y me repetirá el examen, pero poniéndomelo algo más complicado que al resto de mis compañeros.

¿Sabes qué? Ser hijo de un profesor es lo peor. Y, si además también eres el hijo de la directora, eso ya es el siguiente nivel. Te lo digo yo, que lo llevo padeciendo desde que entré al instituto. En el colegio de primaria todo era mucho más fácil. Yo era Edu, un niño más. Algo tímido, vago y con una imaginación mucho más desarrollada que el resto de mis compañeros, pero lo más importante de todo es que pasaba desapercibido: era uno más. Y eso me gustaba. Me gustaba el anonimato. Ser uno más del montón era lo mejor. En esa época, nunca tuve ningún mote, pero cuando entré al instituto pasé a ser «el hijo de la directora» y «el hijo de Napoleón». Sí, así es como llaman a mi padre por los pasillos. Él está muy orgulloso de que le llamen así porque, según su teoría,

todos los grandes profesores tienen grandes motes. Si supiera el origen de ese mote no creo que volviese a pisar el instituto en su vida.

A lo que iba, ser el hijo del profesor de Historia —ascendido a jefe de estudios— y de la directora es peor que cualquier otra cosa. Mucho peor. Piensa en todo lo que has hecho —o estás haciendo— en el instituto y que yo no he podido hacer porque mis padres andaban a escasos metros de mí: seguramente te lo habrás montado en los baños, habrás fumado en los vestuarios, copiado en exámenes, hecho pellas... y no ha pasado nada, pero yo no he podido hacer nada de eso porque mis padres se enterarían al instante y montarían el drama. ¿Y sabes qué? Paso de dramas.

Una vez intenté copiar en un examen de Geografía y el resultado fue bastante catastrófico: me pillaron, suspendí, el profesor se lo contó a mis padres y... no me renta. De verdad que no.

Todo este tiempo he estado obligado a comportarme como «el hijo de», y estoy de esa presión hasta la polla. Perdón, hasta el pene.

Un hijo nunca debería compartir instituto con sus padres. El Ministerio de Educación debería pronunciarse al respecto. Incluso la Constitución. Sería lo lógico. Cada uno en su territorio.

Yo, Eduardo Prieto Higüey, exijo que mis padres trabajen al menos a un par de kilómetros planetas de distancia de mí. Y lo exijo ya —y si para conseguirlo tengo que estar una semana encadenado a uno de los leones del Congreso, lo haré—.

Por fin llega el tren. Me levanto rápido para intentar entrar el primero y ocupar algún asiento libre —odio ir de pie en el metro porque tengo un equilibrio bastante desequilibrado—. Tengo suerte y encuentro un par de asientos libres. Tras unas décimas de segundo pensando, finalmente me decanto por el más cercano,

ese que hay justo al lado de una señora entrada en años —y en carnes— que habla por teléfono en un idioma que no logro entender y a un volumen bastante alto —odio con todas mis fuerzas que la gente grite en lugar de hablar. O sea, no—.

Por si fuera poco, su perfume es tan intenso que me provoca un par de arcadas. Por suerte no he tenido tiempo para desayunar —solo me hubiese faltado vomitar—.

Saco el móvil del bolsillo y entro a mi perfil de Instagram: no hay nada interesante. Doy un par de *likes* al azar y levanto la mirada para observar a la gente que viaja conmigo. Les miro sutilmente para que no se den cuenta de que están siendo observados por un desconocido de diecisiete años que inventa historias sobre sus vidas:

El señor ejecutivo que tengo enfrente no deja de mirar el reloj mientras bosteza con la boca bien abierta —la abre tanto que ya he podido ver que tiene la mayoría de muelas empastadas—. Me juego un McFlurry con KitKat y *topping* de chocolate blanco a que llega tarde a su bufete de abogados porque viene de desayunar con su amante. Los lunes, jueves y viernes desayunan juntos en algún café cerca de Bilbao/Tribunal. Precisamente desayunan los días que ella, su amante y secretaria personal, tiene horario de tarde. Para no levantar sospechas, claro. Ya lo dice mi abuela Ana: «Nunca te fíes de los señores que llevan traje y corbata, y de los curas tampoco». Amén, abuela.

Sigo observando y detengo la mirada en un chico rubio de unos veinte años más o menos —aviso que soy malísimo para calcular la edad real de la gente—. Lleva una sudadera blanca, unos vaqueros, unas Converse negras y unos cascos inalámbricos de color rojo. Parece el típico chico que sale sonriendo en los libros de texto de Inglés —como si aprender las condicionales fuera lo más divertido del mundo—. Por su constitución atlética, puede

que nade o juegue al fútbol. Prefiero imaginarlo haciendo largos con un bañador bastante corto —soy así de perverso—.

Intento apartar la mirada, pero no puedo. ¡Joder! Es como si tuviera un imán que me impidiera dejar de observarlo —de adorarlo cual dios griego—. Es cierto que antes he dicho que miro a la gente de forma sutil, pero a él no puedo dejar de mirarle.

Creo que es el chico más guapo que he visto nunca. En serio, no estoy exagerando lo más mínimo. Es, simplemente, perfecto —mi David de Miguel Ángel—.

¿Cómo se llamará? ¿David? —pronunciado Deivid— ¿John? ¿Josh? ¿Nick? ¿Tom? ¿Justin? ¿Erik? No, no tiene cara de llamarse así. ¡Christopher! Se llama Christopher. Christ para sus amigos. *Oh my Christ!*

Por sus rasgos nórdicos, imagino que puede ser un estudiante universitario noruego o sueco que está de intercambio y ahora mismo se dirige a... ¡¡¡Me acaba de mirar!!! ¡¡¡Christopher acaba de mirarme!!! Y yo he apartado la mirada al instante.

¿Lo oyes? Es mi corazón, que se me está saliendo del puto pecho.

Además de ser rubio, tiene los ojos más increíblemente verdes que he visto nunca. Ha sido la mirada más intensa de los últimos diecisiete años, es decir, la mirada más intensa de toda mi vida.

Al volver a mirarle me doy cuenta de una cosa: ¡Christopher continúa mirándome! Comienzo a notar cómo el color rojo invade mi cara.

En estos momentos tengo que estar más rojo que un tomate. Odio con todas mis fuerzas que se me note tanto cuando algo me da vergüenza —y esto me está dando mucha vergüenza—.

¿Te he dicho que Christopher es el chico más guapo que he visto en tooooooda mi vida?

Vuelvo a bajar la mirada e intento disimular. Abro Twitter y comienzo a revisar mi *timeline*. En realidad sigo pensando en esos ojos que han puesto patas arriba mi día. Cierro Twitter. Abro Snap. Puede que sean lentillas de colores. Cierro Snap. O el efecto morgue de los fluorescentes del metro. Abro Google y busco: «lentillas verdes». Aparecen miles de resultados. Cierro Google. Se me acaba de ocurrir la mejor peor idea de la historia. Abro Instagram. Doy un par de *likes* al azar, entre ellos a una publicación de Diego —ya te hablaré de él más adelante—. Cierro Instagram. Abro la cámara. La mejor peor idea que se me ha ocurrido es:

Hacerle una foto a un desconocido.

Sí, hacerle una puta foto a un puto desconocido.

¡¡Booom!!

¿Qué? ¿Cómo lo ves? Ya, pensarás que estoy fatal de la cabeza. Y si no lo piensas es porque probablemente tengas en la galería de imágenes de tu teléfono móvil una carpeta secreta con fotos de desconocidos... Lo cual te convierte en... ¿en qué te convierte?

Tras unos segundos valorando la idea de abortar el plan, decido llevar a cabo mi mejor peor idea, pero antes miro de reojo para comprobar que no está mirándome y no, ya no me mira.

Desplazo disimuladamente el móvil hasta que tengo a mi objetivo centrado en la pantalla del teléfono. Pulso el botón que va a inmortalizar este instante y de pronto suena el típi-

co sonido que suena cuando haces una foto. Por no mencionar que el sonido viene acompañado del fognazo del *flash*. Con los nervios no he desactivado el *flash* de la cámara. «Bien, Edu... bien».

¿Lo oyes? Yo tampoco. Creo que mi corazón ha entrado en parada.

La señora entrada en años, que continúa gritando por teléfono, hace una pequeña pausa para mirarme, al igual que el señor trajeado. «M-i-e-r-d-a», pienso un par de veces. Por suerte Christopher no se ha enterado de nada. Aunque eso es lo de menos. La vergüenza me consume tan fuertemente que decido bajarme en la siguiente parada, dos paradas antes de lo que debería. «Bien, Edu... bien», pienso por segunda vez, esta última al bajarme del tren.

Me he sentido como uno de esos tarados que van acosando a desconocidos y necesitaba salir del metro para sentirme a salvo. Cuando llego a la calle, con la adrenalina por la estratosfera y con la dignidad a la altura del núcleo interno de la Tierra, miro la foto al tiempo que intento tranquilizarme pensando: «lo que pasa en el metro se queda en el metro».

No sé, supongo que la idea de no volverle a ver me ha impulsado a tenerlo de alguna forma. Seguro que me entiendes. ¿Nunca has estado por ahí y te has cruzado con alguien que sabes que puede ser #LaPutapersonaDeTuVida? Y no me respondas diciendo que no, porque no me lo creo.

Y en esta situación, ¿qué haces?

A) ¿Te insinúas con la mirada para comprobar si te sigue el rollo?

B) ¿Le echas un morro que flipas y le pides su Instagram?